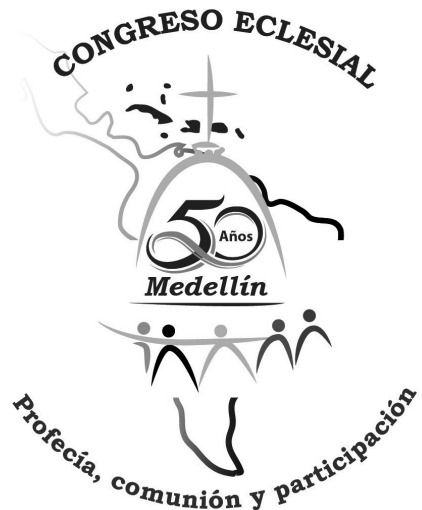


La Iglesia en América Latina y la promoción humana

Excmo. Mons.

EUGENIO DE ARAUJO SALES

*Administrador Apostólico
de Salvador, Bahía (Brasil)
Presidente del Departamento
de Acción Social del CELAM*



Medellín - Colombia,
23 al 26 de agosto de 2018



I - Introducción

Esta Segunda Asamblea General del Episcopado, bajo la presidencia del Santo Padre, es llamada a revisar la misión de la Iglesia frente a las transformaciones globales de América Latina. Ella asume, por lo tanto, la responsabilidad providencial e indiscutible en el perfeccionamiento de las tareas eclesiales, en sus métodos de acción, en la formación de las conciencias.

Es oportuno recordar en este momento, el proemio de la “*Gaudium et Spes*”:

“Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y de todos aquellos que sufren, son también las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo; y no hay realidad alguna verdaderamente humana que no encuentre eco en su corazón. Porque su comunidad es formada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el Reino del Padre, y recibieron el Mensaje de la Salvación, para comunicarla a todos. Por este motivo, la Iglesia se siente real e íntimamente ligada al género humano y a su historia” (GS, 1).

El preocupante ritmo de crecimiento demográfico de América Latina, el estado de marginalidad de gran parte de la población, frente a un pequeño número de privilegiados, la situación de nuestras poblaciones rurales, la insatisfacción de nuestra juventud, el elevado índice de analfabetismo y la carencia endémica de una educación de adultos, el cambio de una sociedad monolítica para

un Estado de pluralismo socio-cultural, los gritos de los oprimidos que no soportan el peso que los exaspera y aniquila, la inadecuación de nuestros sistemas políticos, todo esto provoca en nosotros — miembros del Pueblo de Dios y más directamente responsables de llevar a los hombres el Mensaje del Evangelio— un estado de perplejidad y de angustia. Sin embargo, poco resultaría del estudio de esta problemática, sin tratar concretamente de resolverla. Menos aún, elaborar bellas y oportunas conclusiones sin una firme decisión de llevarlas a una inteligente y rápida concretización.

La naturaleza de la presente Asamblea, y de esta exposición, nos habla más directamente de las responsabilidades de la Jerarquía Católica, una de las expresiones de la Iglesia en América Latina.

Creo transmitir un anhelo de multitudes cuando, en esta introducción apelo a todos los participantes de la Asamblea a tomar decisiones y establecer planos solamente si estamos dispuestos a ejecutarlos como compromiso personal nuestro, aunque cueste sacrificios. De nada valdría salir de aquí con una carpeta de papeles más. En el Documento “Conclusiones de Itapoan” (item III par 1, B-1), recuerdan a los presidentes de las Comisiones Episcopales de Acción Social en América Latina:

“La Iglesia no se contentará solo con la difusión social de las Encíclicas, antes bien, procurará por todos los medios a su alcance, hacerla, más auténtica por una acción eficaz en favor de los cambios necesarios para alcanzar un orden social más humano y por consiguiente más cristiano”.

Es indispensable, ante todo, una voluntad firme, fortificada con la gracia de Dios: voluntad de cumplir, fiel y colegialmente, unida al Sucesor de Pedro, la profunda e inmensa transformación que el Evangelio exige, y nuestras conciencias reclaman en favor de este vasto continente americano.

La Iglesia ha contribuido a descubrir y a hacer crecer los pueblos que forman hoy nuestros países. Ligada a lo más íntimo de su Historia, no puede ser indiferente en las actuales circunstancias. Son deberes de orden teológico y sociológico. Su acción promocional necesita extenderse a los líderes, a las estructuras sociales y a que en



estos días de responsabilidades históricas globales, sería criminal omisión detenernos apenas en los límites de la Ética y la conciencia individual. Sólo así la Iglesia —particularmente la Jerarquía— será fiel a su vocación de servicio. Más: solamente fiel a sí misma, ella podrá colaborar con eficacia en la inmensa tarea de gestar la nueva realidad de América Latina, que es esperada para un futuro próximo.

II - RESPONSABILIDAD DE LA IGLESIA FRENTE A LA PROBLEMÁTICA SOCIAL DE AMÉRICA LATINA

1. Aspectos sociológicos de la Acción Promocional de la Iglesia

Para subir a una sierra pendiente con rapidez y seguridad, es necesario procurar todo cuanto pueda servirnos de apoyo y orientación. La escala del Desarrollo es un desafío para la América Latina; no es una tarea facultativa, sino condicionada a la sobrevivencia y humanidad.

El continente entero, y cada uno de nuestros países aspira a ser un lugar verdaderamente humano en el concierto de las naciones. Escala particularmente difícil y no del todo clara. Para que ella se concrete con acierto, necesita de la seguridad que da la misma comunidad humana, a partir de la comunidad natural más modesta y sin pretensiones, hasta los grupos intermediarios y las comunidades mayores, de más amplia expresión. Con todo, necesita aún de rumbos seguros y definidos, ojos perspicaces para alcanzar su destino. La formación de cuadros y preparación de élites del pueblo latinoamericano, es factor que no se discute.

¿Qué vamos a pensar de la Iglesia en América Latina frente a esa dinámica global necesaria en una sociedad en tránsito?

Dejemos para después aquella apertura de visión que la Teología nos puede abrir sobre la problemática del desarrollo. Restrinjámonos por ahora a una simple mirada sobre nuestra realidad histórico-social, y constatemos que la Iglesia es una de las más importantes y actuantes fuerzas del continente.

Después de las características étnicas y culturales, las del Occidente y las autóctonas, quizás haya sido la Iglesia el factor de más peso en la elaboración estructural y cultural de América Latina.

Ella ha marcado de características propias nuestra tipología, más aún, ha constituido, parte considerable de nuestra escala de valores y de la intimidad de nuestra vida.

Hay momentos en la proyección cuatricentenaria de nuestra Historia, en que ambas imágenes se funden. La Colonización y la Evangelización sufren a veces de ambigüedad. Así, con todas las imprecisiones del término, la América Latina ha sido considerada como un “Continente Católico”, un atributo natural más que un predicado.

Nos enfrentamos con fenómenos rápidos de transformación. En todo caso, en amplias dimensiones de población latinoamericana. Sentimos las huellas o los efectos de la primitiva evangelización. Una evangelización incompleta que necesita ser complementada, una evangelización embrionaria que debe ser explícita, una evangelización tipo colonial que debe ser transformada en religión de pueblos libres. La presencia de la Iglesia continúa siendo a un tiempo constante e indispensable.

Es así como en trazos rápidos, vemos configurada la Iglesia en el continente latinoamericano. Primeramente con raíces profundas y remotas en la comunidad humana, sobre todo rural. Después, una entre los primeros animadores y formadores de élites y líderes, a veces, pionera. En fin, como fuerza de presión moral altamente considerada por los dirigentes.

La gran cuestión es hoy el afrontar la problemática global del desarrollo latinoamericano. Llama aquí la atención de la palabra “global”. Ella está llena de áreas de fricción, los límites no siempre son claramente establecidos. Lo que es cierto, es que el desarrollo global es de la incumbencia de la humanidad entera, de cada pueblo, del Pueblo de Dios, en cada nación. Nos enseña la “Gaudium et Spes” que

“en el dominio propio de cada una, comunidad política e Iglesia son independientes y autónomas. Aunque por diversos títulos



ambas sirven a la vocación personal y social de los mismos hombres. Y tanto más eficazmente ejercerán este servicio para bien de todos, cuanto mejor cultivaren entre sí una sana cooperación” (GS, 76).

Sin menospreciar el estudio serio de implicaciones políticas e ideológicas del siglo pasado y de este siglo, que será muy esclarecedor del relacionamiento Iglesia-Sociedad Civil, pienso no simplificar mucho la realidad si afirmo el laicismo (o por lo menos algunas de sus formas), en la situación concreta de América Latina, que ha contribuido en ciertas áreas para mantener el estado de subdesarrollo. Ese laicismo se ha esforzado por encerrar la Iglesia en el recinto exclusivo de las sacristías. Ha incrementado persecuciones religiosas en nuestro continente (en una sede residencial centroamericana, 12 de los Obispos sufrieron el exilio!). Anuló o neutralizó esfuerzos sanos en el campo social.

Reconocemos humildemente nuestras faltas como Institución integrada por hombres. Reconocemos que la Iglesia no siempre actuó oportunamente, cierto: Sin embargo, en el presente y con vistas al futuro, la conciencia esclarecida por el Concilio, atenta a los signos de los tiempos, ella no puede presentar excusas, sino asume urgente y valerosamente, su parte de responsabilidad en el crecimiento del hombre latinoamericano, perfeccionándolo a la Imagen de Dios.

Ciertamente, no habrá en nuestros cálculos cualquier sombra de dominación. Solo una profunda psicología de servicio puede ser compatible con el ideal evangélico y la misión histórica que la Iglesia ejerce.

No se piense que ella procura imponerse a las demás fuerzas de la comunidad. Ni tampoco se imagine que ella se decide a colaborar en la promoción del hombre latinoamericano, para recibir de él, como pago, adhesión a la fe. Al contrario, aquí se presenta una Iglesia humilde, en la realización de su tarea de servidora de los hombres. Si ella está deseosa de extraer del Evangelio el mensaje concreto para el hombre concreto en una situación concreta, ella quiere respetar, con delicadeza de Madre, la legítima libertad de todos.

En el círculo vicioso del hambre, de la enfermedad, de la falta de educación y de otros males más profundos, la llamada “causación circular cumulativa” de Myrdal, compete a la Iglesia intentar romper ese círculo de miseria que asfixia nuestro continente. Ella lo hará dentro de sus atribuciones específicas y en colaboración con el Poder Civil y de todos los hombres de buena voluntad. La promesa del cielo —constante en la vocación cristiana— no nos lleva jamás a olvidar que él, en un sentido verdadero, empieza aquí, dentro de la realización humana, en Cristo.

Teniendo presentes estas consideraciones de naturaleza sociológica, pasemos a una visión de la que habla la Teología sobre la Iglesia y la promoción humana.

2. Aspectos teológicos de la acción promocional de la Iglesia

El propio Dios es la razón última de la preocupación de la Iglesia en la lucha por el Desarrollo, en Cristo. El se hizo hombre y asumió sus consecuencias. Participó en lo que es humano, sujetándose a las leyes de nuestra vida, a la flaqueza y a la muerte (Hb 2-14; 17-18; Hb 4-15) (1 Tm 2,5). Todas las dimensiones del mundo tienen valor y existencial en Cristo (Ef 1,4) (1Co 15-17) (1Co 8,6) (Flp 2,7). Nadie puede más radical y profundamente amar al mundo que el cristiano, a quien se ha propuesto como grado máximo de amor, dar la propia vida en favor “de los que ama (Jn 15,13) (1Jn 3,16). Este amor en último término viene de Aquel a quien el mundo ha sido entregado. “Por la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús, nada vale, a no ser “una nueva creatura” (Ga 6,14-15).

Dios hace todo no solamente por Cristo, mas para Cristo; de tal manera que la infidelidad del hombre tomase pecado contra Dios, en Cristo. Siendo el desarrollo de la persona humana exigencia de su propia naturaleza, él debe ser visto esencialmente como donación de la criatura humana a quien nuestra religión debe una fidelidad radical en Cristo. El “someted la tierra” del Génesis (1,28) es expresión de la necesidad nativa del hombre de construir su propia historia.



Para nosotros, desarrollo es, ante todo, nuestra vocación natural.

Partiendo de una simple antropología, la dimensión social es, igualmente, una exigencia inherente a nuestra naturaleza. Una comunidad humana, en la que todos no proporcionan el armonioso crecimiento de **todos**, es cruelmente injusta. Sus miembros responsables se tornan infieles a su propia naturaleza.

Pero no es esta apenas una deducción de la realidad metafísica del hombre la que nos impone la exigencia de la solidaridad entre todos los hombres. Ni, tampoco, es la presión angustiosa de la situación amenazadora la que nos exige el trabajo por el desarrollo. La razón última, por la cual el cristiano se halla comprometido en una solidaridad indisoluble con todos los hombres, es en Cristo, el propio Dios. La verdad es que Dios, y solamente El, puede ser nuestra salvación. Sin embargo, El no nos salva en la soledad de una vida aislada, sino en la medida en la que todos nosotros somos uno, en que somos en Cristo, la única vid... (Jn 15,1-8) integrantes de un rebaño unido (Le 15,1-7), en fin somos todos Juntos el Cuerpo vivo del Señor (1Co 12,12ss.). Esa unión entre los cristianos es de tal manera esencial, que pasa a ser, al mismo tiempo, condición y causa de salvación, señal y criterio de la autenticidad de la Iglesia. "Así el mundo conocerá que Cristo es Dios" (Jn 17,21). Entretanto, la comunidad humana en nuestro continente, es elocuente contra-señal a la profecía del Señor (Jn 17,21). Una pequeña élite continúa imperturbablemente enriqueciéndose, agarrándose al lucro terreno como si fuera el supremo factor de sus vidas, al paso, que en la misma comunidad, millones de hombres se empobrecen. Así, ella es una negación del Evangelio.

No podemos salir de estas consideraciones de naturaleza teológica sin reafirmar que la Antropología Cristiana no se encuadra en un simple crecimiento económico. La magia de las inversiones, de la producción y del lucro inmediato, no fabricarán hombres. El hombre está situado en la comunidad, pero no es mera cuestión de "ubicarse"; es cuestión de íntima y profunda relación entre seres humanos, inter-relación entre el individuo y el grupo a que se encuentra ligado. He aquí el por qué la Justicia, sobre todo en su dimensión social, la justicia distributiva descuel

como fundamental exigencia cristiana del desarrollo. Es esta misma justicia la que coloca “en cuestión” las estructura socio-economico, que no se detiene ante una exclusiva mejoría del nivel de vida o de ilusiones de una civilización de consumo, sino que va tenaz y serenamente, a la raíz de las cosas y de los acontecimientos.

“ ... la caridad no basta si se queda en pura teoría verbal y sentimental y si no va acompañado de otras virtudes la primera la justicia que es la medida mínima de la caridad (Alocución de S. S. Pablo VI, sobre *El Desarrollo*, en la tarde del 23 de agosto de 1968, Bogotá).

Ahí están algunos fundamentos teológicos de nuestra lucha contra la injusticia, de nuestra lucha por el desarrollo, para una sociedad más fraternal.

III. LA ACCIÓN PROMOCIONAL DE LA IGLESIA

1. Acción Promocional y liderazgo

En la batalla del desarrollo, merece destacarse especialmente la preparación de las personas. Una Iglesia actuante no se mide por los edificios sino por el valor de sus líderes. La Iglesia, que tiene una doctrina y apunta soluciones podrá ver concretizados sus anhelos y directivas solamente a través de sus hijos insertados en la construcción del orden temporal.

Los laicos, ejercen su actividad apostólica evangelizando y santificando a los hombres para penetrar y perfeccionar con el espíritu evangélico el orden de las cosas temporales, de tal modo, que su acción en este campo, dé claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Una vez que es propio del estado de los laicos vivir en medio del mundo y de los negocios seculares, ellos mismos son llamados por Dios a ejercer ahí su apostolado, a la manera de fermento, con entusiasmo y espíritu cristiano” (AA, 2). De ahí la importancia capital de la preparación de líderes y entre estos especialmente, los hombres claves; aquellos de quienes depende el poder de decisión en la esfera política, en el área empresarial o en cualquier sector de agrupaciones y actividades humanas. La reunión de esos hombres, ya sean cristianos militantes o no, a la



invitación de la Iglesia, para mejor conocer su doctrina en el campo social, casi siempre contribuirá para hacer de ellos elementos más disponibles y decididos a aplicar esas mismas enseñanzas. Si desconfiamos de los hombres, al menos creamos en la fuerza de la idea, en la eficiencia de la Palabra y en el poder de la Gracia. Es la simiente que se siembra con la ayuda de Dios y nuestra cooperación.

a) Gobernantes

A los que gobiernan se hace conocer y vivir su responsabilidad en la elaboración de las leyes y en la dedicación a las necesidades del pueblo: su independencia, frente a las nuevas formas de colonialismo. Para nosotros, latinoamericanos, el ejemplo de las clases dirigentes, en lo que se refiere a la honestidad y a la dedicación al Bien Público y Común, constituye prueba de autenticidad e impulso para una acción nacional.

“Los que son idóneos o pueden tornarse tales, para ejercer la difícil y al mismo tiempo nobilísima arte política, prepárense para ella y procuren ejercerla, olvidados del provecho propio y de las ventajas materiales. Con integridad y prudencia luchen contra la injusticia y la opresión, el absolutismo y la intolerancia, sea de un hombre o de un partido político; dedíquense, al bienestar de todos, con sinceridad y rectitud y más aún con el amor y el valor que exige la vida política” (GS, 74a).

b) Técnicos

El técnico, acostumbrado al ritmo de las máquinas o a la frialdad de los números, a la exactitud de las reacciones y a la dureza de las líneas de planeación, va a sentir el calor humano que viene de la doctrina de la Iglesia sobre la dignidad de la persona y su indispensable participación en el proceso del Desarrollo.

“Los admirables progresos de la técnica y de la conquista científica, los nuevos medios de comunicación social ofrecen oportunidades a quienes a las veces disponen de un tiempo más largo para llevar con más facilidad a las riquezas espirituales y a la cultura. Tales progresos hacen que los diversos grupos y hasta los mismos pueblos se complementen por aproximación estrecha y recíproca (Gravissimum educationis, Proemio a.).

c) *Empresarios*

El empresario vislumbrará que existe otro mundo, además de los muros de su fábrica y de los cálculos de su empresa:

“En las empresas económicas, asociense personas, es decir, hombres libres y responsables, creados a imagen de Dios. Por eso, consideradas las tareas de cada uno, propietarios o empresarios, dirigentes u obreros y resguardada la necesaria unidad de dirección de la empresa, promuévase de manera debidamente determinada la participación activa de todos en el gobierno de la Empresa, o de las empresas. Con todo, como muchas veces se decide, no ya en la propia empresa, sino en instancias superiores, sobre las condiciones sociales y económicas, de las cuales depende la suerte futura de los trabajadores y de sus hijos, participen también en estas deliberaciones, por sí mismos o por medio de representantes libremente elegidos” (GS, 68a; Cf. 68b; participación organizada sin peligro de represalias).

d) *Hombres de cultura*

El proceso del desarrollo depende, en último análisis, de un factor cultural. Es la cultura como síntesis de un pueblo, que le permitirá avanzar y crecer armónicamente. El hombre de cultura percibirá mejor el punto de vista del Concilio Vaticano II y su llamado implícito:

“Por la palabra ‘cultura’, en sentido general se indican todas las cosas con las cuales el hombre se perfecciona y desenvuelve las diversas cualidades del alma y del cuerpo; procura someter a su poder, por el conocimiento y por el trabajo, el propio orbe terrestre; torna la vida social más humana, tanto en la familia, cuanto en la comunidad civil, por el progreso de las costumbres y de las instituciones; en fin, comunica y conserva en sus obras, en el decurso del tiempo, las grandes experiencias espirituales y las aspiraciones, para que sirvan al provecho de muchos y de todo el género humano. Conclúyase de ahí, que la cultura humana tiene necesariamente un aspecto histórico y social” (GS 83 a y b). Se encuentran innumerables vínculos entre el mensaje de la salvación y la cultura humana. Dios, en efecto, al revelarse a su Pueblo hasta la manifestación plena de Sí mismo ‘en el Hijo encarnado habló de acuerdo con la cultura propia de diversas épocas” (GS, 58).



2. Acción promocional y conciencia básica

a) *Hombres-claves y acción comunitaria*

Las instituciones temporales son como el cuerpo de la sociedad humana, en el cual se debe infundir un alma vivificadora. La Iglesia de Cristo, como realidad espiritual es llamada a ejercer esa función y lo hará sobre todo a través de sus miembros insertados en la realidad terrena. A su vez, en los ambientes comunitarios, hay personas que son como los animadores y sustentadores de sus comunidades. Urge que se despierte la responsabilidad de esos hombres que ocupan puestos-claves en cualquier empresa, dándoles la conciencia de un alma evangélica, destinada a vivificar el cuerpo social en que se inserten.

Sobre puntos de vista del desarrollo, es muy difícil, por no decir imposible, la acción eficaz de esos hombres-claves, sin la preparación de base. Es una base bien formada la que exige dignidad del político, y facilita la aplicación del planeamiento en el que deberá colaborar.

Todo el proceso de socialización debe ser informado por una dinámica de concientización. La tendencia a la formación de grupos y comunidades, que es una de las señales de los tiempos, tiene que ser conducida en el sentido de personalización creciente de cada hombre y de más intensa participación de todos en la organización de la vida del país, en el acceso a la renta nacional y a los bienes de la cultura.

Así, con la actuación de la Iglesia junto a aquellos que conducen y tienen el poder de decisión de la cosa pública, ella orienta con su acción de “Madre y Maestra” para el incentivo y la animación a las Comunidades, a las Cooperativas y a los Sindicatos.

b) *Comunidades de base, cooperativas y sindicatos*

Cualquier plan de desarrollo que no se basa en la organización de comunidades con una efectiva participación de sus miembros —y en la preparación de sus líderes— será extremadamente difícil

de concretizarse. El hombre latinoamericano ordinariamente posee notable capacidad de comprensión de ideas y relativo poder de ejecución de las mismas, se hace necesario entonces hacerle sentir la gran fuerza propulsora de la Iglesia. El hombre pobre y desvalido, incrédulo a tantas promesas, todavía tiene fe en la orientación de sus Pastores. La problemática de la secularización aún no se ha hecho sentir en amplias áreas rurales.

Daremos fuerte impulso a la transformación del continente, cuando las parroquias se conviertan en irradiadores de la formación auténtica de comunidades humano-cristianas. No solamente administrando los sacramentos o pregonando las verdades del Evangelio; no ya reduciendo el Kerygma al anuncio de verdades tradicionales aceptadas como sobrenaturales, sino también despertando en estos hombres el sentido de su dignidad, la fuerza reivindicativa de sus derechos, dándoles conciencia de su valor, estimulándolos a exigir de los políticos, de los técnicos, de los hombres de empresa, de todos los que ocupan puestos-claves el respeto a la persona humana y a sus inalienables prerrogativas. Ahí estará una revolución del continente y genuina vivencia de la “Declaración Universal de los Derechos del Hombre”, cuyo segundo aniversario conmemoramos. No por la violencia de las pasiones, sino con la fuerza actuante de la Justicia. Las parroquias no serán solo foco de vida espiritual, sino centros de una integral formación del hombre. Reconozco que es difícil realizar este ideal, pero niego que sea imposible. Y la prueba, es la existencia en muchos países, de auténticas comunidades que empiezan a ejercer en torno a sí mismas, su influencia. Y Cáritas, transformada, como está haciendo de “organismo distribuidor en organismo de promoción humana y comunitaria”, puede ser un ejemplo de acción a corto plazo. Necesitamos acelerar ese proceso.

Como fruto de este trabajo, debemos citar aún, la importancia de las cooperativas y sindicatos.

Las primeras representan el valor de la solidaridad en el campo propiamente económico, sin perder su expresión de formadoras de mentalidad y hábitos comunitarios.

Los sindicatos se asemejan al Poder que dicta soluciones y que exige transformaciones. Estos deben ser ante todo, un instrumento



de lucha, de conquista, de reivindicaciones. No se trata de fomentar la lucha de clases, sino de dar a los pobres, la fuerza de dialogar con los “grandes”, de igual a igual.

Las cooperativas, por la unión de muchas pequeñas economías, pueden asumir la tonalidad fuerte que se encuentra en la voz de los ricos.

Los sindicatos de trabajadores se deben constituir en poder intermediario, capaz de resistir a la presión de los fuertes y de exigir de los gobiernos que cumplan con su deber, en favor del Bien Común, y no se contenten solo con garantizar una clase de privilegiados. Al mismo tiempo se preocuparán en dar a los asociados el sentido del deber y su papel de copartícipes en esta gran cruzada.

Con estas metas es obvia la importancia de la formación de líderes, inclusive para impregnarlos de mentalidad y vida evangélicas. La Iglesia, como Institución, no puede quedarse al frente de los Sindicatos, ni asumir la dirección de cooperativas. Debe, sin embargo, educar a los laicos para actuar de manera efectiva y sistemática en esos organismos. Podrá ser más importante, a veces, la formación de un sindicato que la construcción de un templo; en estos, sus muros sirven al Evangelio de una manera estática, esperando que los hombres llenen sus naves. En cambio, aquellos, cuando están dirigidos por auténticos líderes cristianos, constituyen una extraordinaria fuerza de actuación, señal de la vivencia del espíritu de las bienaventuranzas en la comunidad humana.

3. Acción promocional e instituciones educacionales

Examinemos aún, el problema educacional. Yo no estoy de acuerdo con una simple supresión de las Escuelas Católicas. Ellas podrán equilibrar juiciosamente la creciente estatización de la enseñanza. Sin embargo, debemos, de ahora en adelante, centralizar todos los esfuerzos en posiciones y actividades y programación solicitados por la dinámica de la educación moderna. De un lado, en la democratización de la enseñanza, modificando necesariamente la estructura de nuestros colegios;

de otro lado, empeñar más recursos y personal en la educación asistemática. Incitemos al Poder Civil en la construcción de escuelas, en el pago de los profesores y otras responsabilidades para colaborar más eficientemente, con corazón abierto, en la educación fundamental. Para nosotros educación fundamental incluye el concientizar a todos los hombres y capacitarlos en su auto-promoción, sin eximirnos de proporcionarles los elementos esenciales de vivencia evangélica; para nosotros los cristianos, toda la actividad —especialmente educacional— asume una dimensión sobrenatural.

“Puede asimismo afirmarse que el crecimiento económico depende, en primer lugar, del progreso social. Por eso, la educación de base es el primer objetivo de un plan de desarrollo. El hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos: un analfabeto es un espíritu sub-alimentado. Saber leer y escribir, adquirir una formación profesional, es ganar confianza en sí mismo y descubrir que se puede avanzar con los demás” (PP, 35).

Será falta de inteligencia práctica y social el que una congregación religiosa, dedicada a la enseñanza, restringiera su finalidad y actuación a los límites de su Colegio, cuando hoy las necesidades exigen una revisión más amplia del concepto de educación. Que el ejercicio de la enseñanza en la vida religiosa sea cada vez más fortalecido por las conquistas de la Psicología y de la Pedagogía, orientadas al bien de la comunidad. Es indispensable que, desde luego, se enriquezca el contenido antropológico y social de la enseñanza media.

Se podría decir lo mismo de las Universidades Católicas. No multiplicarlas, sino perfeccionarlas. En vez de crear nuevas, tratar de transmitir a las ya existentes, incluso a las Estatutarias, el Espíritu del Evangelio, mediante una adecuada Pastoral Universitaria.

A la enseñanza superior cabe el indeclinable deber de concentrar esfuerzos en la búsqueda y descubrir nuevas soluciones para la problemática de la América Latina. Sin duda, cábele también, extender y repartir sus enseñanzas, su cultura con las clases populares. La Universidad debe proyectar su cultura hacia el futuro en la búsqueda y conquista de poblaciones periféricas para



comulgar juntos el pan de la cultura y de la Verdad. El resultado de tal integración es que ese mismo pueblo irá a construir su porvenir, consciente y activamente.

“Las Universidades se transformen en centros de investigación, de formulación del desarrollo concreto y específico del país, integrando las exigencias regionales en el proceso nacional. Que ellas sean centros de elaboración de ideas y de crítica de las estructuras sociales, que promuevan y estimulen la capacidad creadora del hombre... Delante de los graves problemas de la América Latina, la Universidad no puede quedarse al margen. Tiene obligación de conocer y diagnosticar la realidad social en la cual se mueve, a la que pertenece y en la cual se desarrolla. Debe dar orientaciones doctrinales, elaborar y ofrecer proyectos de solución... (Las Universidades Católicas y la Presencia de la Iglesia en el medio universitario. Seminario CELAM, Buga, Colombia 1967).

Entre las poderosas fuerzas de salvación del continente latinoamericano, se incluye, todavía y sin temor alguno, la juventud, que debe ser oída hasta ser comprendida, para que podamos captar los preludios del futuro. No únicamente por constituir más de la mitad de la población del continente, sino por encima de todo, por el dinamismo de su inquietud. El Santo Padre, en el mensaje con ocasión de la clausura del Concilio, nos ha dicho:

114

medellín 171 / Mayo - Agosto (2018)

“Finalmente, es a vosotros, jóvenes de todo el mundo, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje —pues seréis vosotros quienes recogeréis el fruto de las manos de vuestros antepasados y vivís en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros, quienes recogiendo lo mejor del ejemplo y de la enseñanza de vuestros padres y maestros iréis a constituir la sociedad del mañana; vosotros la salvaréis o pereceréis con ella”.

4. Acción promocional de la Iglesia y las estructuras socio-económicas políticas

Todas las indicaciones referidas, los variados y múltiples caminos que la Iglesia tiene que seguir para ser fiel a su misión de compromiso en la promoción del hombre, presentan como

meta inmediata el esfuerzo por una profunda, valiente y rápida transformación de las estructuras de la sociedad latinoamericana.

Transformación profunda, porque el mundo de hoy no se contenta con soluciones inauténticas.

Transformación valiente, porque solo puede emprender esa tarea quien esté dispuesto al sacrificio. Algunos cristianos podrán escandalizarse y abandonar la Iglesia; es preferible, una aparente división por la justicia, que una ficticia unión en la iniquidad.

Transformación rápida para que al menos, pueda acompañar la delirante rapidez de los acontecimientos modernos.

Nosotros no podemos cometer la locura de engañarnos delante de los hechos. Más que nunca, el miedo es hoy, indigno de aquellos que asumen responsabilidades en su comunidad. He ahí el Concilio. Resultado del valor sobrenatural de un hombre que lo ha convocado y de otro hombre que lo ha concluido, y lo lleva a término. El ambiente en que vivimos en América Latina — los sistemas económicos, la situación agraria, el funcionamiento político, las condiciones educacionales, la distribución de la riqueza— con mucha frecuencia rebaja la persona humana, crea obstáculos a la suprema realización, contradice el Evangelio.

El CELAM, Organismo de Organización y de Servicio, asume una responsabilidad cada día más extraordinaria, en las transformaciones de América Latina. Igualmente, en cada país, las Conferencias Episcopales, tienen una responsabilidad global ante la vida nacional.

La estrategia de una Iglesia, como servicio, para empeñarse en la promoción humana de Latinoamérica, debe abrir caminos, con su testimonio y enseñanza ayudar así a los hombres, y especialmente a los gobiernos a percibir las señales de los tiempos. Ella debe ser coeducadora de los hombres y de los grupos humanos, para que ellos, apoyados en su conciencia cristiana y en la fuerza moral de la Iglesia realicen con rapidez, con valor, en profundidad y en la justicia, las indispensables transformaciones estructurales del continente.



No dejemos, por tanto, realizar tal obra con el objetivo solamente de evitar la revolución violenta, que se aproxima rápida. Eso sería mezquino para la trascendencia del Cristianismo. Antes, más bien, tenemos motivos interiores y razones sobrenaturales, de llevar el continente a una vigencia más consciente del Evangelio. La fuerza moral de la Iglesia, en América Latina, representa una de las últimas avalanchas capaces de contribuir eficazmente para la apertura de caminos positivos; es valor hablar contra lo que ponga largas barreras de la opinión pública; es necesario, entre tanto, levantar dentro de la Iglesia nuestra voz contra la violencia destructiva. Y aquí cito el texto del encuentro de Itapoa:

“Para lograr las urgentes reformas reclamadas por nuestra situación, los cristianos deben preferir la acción no violenta. Aunque no sea posible condenar todas las formas de violencia, según los términos de la Encíclica “*Populorum Progressio*” y ulteriores declaraciones de Pablo VI. Sin embargo, la no violencia debe manifestarse por una actitud concreta de no conformismo ante las injusticias establecidas o ante distintas formas y pretextos. Además ese no conformismo se manifestará mediante una acción valiente y constante para conseguir reformas profundas, urgentes y audaces de las estructuras, lo más pronto posible, como una exigencia de la misma justicia. Sin eso la violencia, tarde o temprano será inevitable, y de hecho, es una de las tentaciones del momento.

“Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el marxismo ateo, ni el de la rebelión sistemática, ni tanto menos el esparcimiento de sangre y el de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que, por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente. Para reparar errores del pasado y para curar enfermedades actuales no hemos de cometer nuevas fallas, porque estarían contra el Evangelio, contra el espíritu de la Iglesia, contra los mismos intereses del pueblo, contra el signo feliz de la hora presente que es el de la justicia en camino hacia la hermandad y la paz” (Alocución de S. S. Pablo VI en la apertura de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Bogotá, 24 de agosto de 1968).

En cuanto a las estructuras yo tomo a título de ejemplo, la estructura agraria. Aunque en muchos países adelantados el problema puede ser considerado de manera diversa, entre

nosotros, en América Latina, una aparente división de tierras, una expropiación audaz, se hace indispensable para proporcionar a los hombres concretos, el sentido de su dignidad despierta y alimentada por la libertad de quien es señor de su propia tierra. No en cuanto a los aspectos técnicos, traigo solamente una palabra de incentivo para que sea enfrentado ese problema sin demagogia (es cierto) sin improvisación, con aquella audacia del Evangelio que puede ser locura para muchos.

Se hace necesario enfocar ese objetivo de transformación de estructuras a ver dónde convergen nuestros esfuerzos de formación de líderes y de cuadros, acción sobre instituciones y elaboración de sistemas —no podemos olvidar el procurar modelos prácticos propios de acción para el continente. No ver la radicalización de posiciones unilaterales o la insensata adhesión incondicional al comunismo o al capitalismo liberal, intentaremos encontrar caminos propios, pero será con las luces de una cosmovisión o una antropología evangélica. Cada época tiene su propio espíritu, sus aspiraciones, y el evangelio que es siempre eterno, inspira una variedad extraordinaria de aplicaciones concretas, para ser mejor oído y entendido por las diversas generaciones. En este punto podemos volver a decir la importancia de las universidades en los estudios de investigación, y a la grave y aguda misión de los educadores en la formación de la juventud, abocada para un auténtico futuro de nuestros pueblos.

Es imprescindible, el hablar de la “Acción Promocional de la Iglesia y las Estructuras”, referirnos a la integración de las poblaciones y regiones dentro de cada país y de estos entre sí. Precioso derrotero en la difícil concretización de ese indispensable objetivo, tenemos en el discurso del Santo Padre Pablo VI, al CELAM, en 1966, en las “conclusiones del Mar del Plata” (Cap. II La Iglesia y la integración de América Latina) y en las “conclusiones de Itapoa” (Cap. II del Desarrollo e integración).

IV- LA FIDELIDAD DE LA IGLESIA A SI MISMA EN LA LUCHA DE LA PROMOCIÓN HUMANA

Según lo expuesto podemos sentir la gran responsabilidad de la Iglesia en la preparación de hombres para transformar las



estructuras, aptos para poner nuestro continente en condición efectiva de diálogo con las naciones más prósperas del mundo. Para que la Iglesia pueda cumplir su misión de promotora del bien integral del hombre, de auténtica y eficaz fuerza impulsora, de señal de Dios en el mundo, necesita ser abierta a este siglo, sin jamás perder ninguna de sus características de Iglesia de Cristo. Ella debe seguir —ni podría dejar de serlo— la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Para actuar, y actuar con eficiencia, nuestra Iglesia no debe descaracterizarse. Conservará su faz religiosa, la estructura que le dio su Fundador, su fiel adhesión al Papa, como expresión de su fe y obediencia al propio Fundador de la Iglesia. Un error gravísimo que aquí y allí envuelve a muchos miembros del Pueblo de Dios, es pregonar la idea de que la Iglesia precisa ser menos Iglesia Católica, Apostólica, Romana, para ser más eficiente en su misión evangelizadora. Solamente la autenticidad garantiza la eficiencia, los esfuerzos por la Encarnación del Evangelio.

Debemos tener el valor de ser fieles, aunque muchos abandonen el redil. Mucho más importante que el número en sí mismo es la autenticidad evangélica de un número generador. La firmeza, también, es una faz de la Caridad

La Iglesia, únicamente siendo lo que es, tiene la fuerza de ser lo que de ella se espera. Insisto que es por la absoluta adhesión al Sucesor de Pedro y no únicamente en aquello que es de obligación jurídica, más en esta unión de sentimientos, en esta indestructible unión a las fuentes: —unión garantizada por el Papa, y en la auténtica Colegialidad Episcopal— es como la Iglesia ejercerá su papel de fermento, transformando sin deformarse, sin perder sus características propias e inalienables. Uno de los más grandes peligros que se presenta es: de un lado, la inmovilidad y, de otro, el apego a las situaciones fáciles. Es trágica la tranquilidad de los Pastores que no perciben las señales de una tempestad que se anuncia. Y hay Obispos que duermen en la ilusión de una aparente bonanza, cuando deberían tener el valor de ver a fondo los problemas y empeñarse decididamente en las soluciones concretas, reclamadas por el momento histórico. Es preciso despertarlos, cueste lo que cueste; pero otro peligro, no inferior, es la confusión de ideas propias con ideas del Evangelio. Es igualmente trágico,

□

clasificar como doctrina de Cristo, puntos de vista personales, fruto muchas veces del temperamento, de la vanidad, de la falta de conocimiento objetivo. En la actual posición de América Latina, la virtud del equilibrio, que no puede confundirse con la cobardía, debe presentarse como una de las más importantes.

V. CONCLUSIÓN

Al terminar este trabajo deseo hacer sobresalir algunos aspectos esenciales de la tarea de la Iglesia en la Promoción Humana del continente latinoamericano. Una acción intensa y organizada cerca de los hombres-claves, de los cuales depende una parte considerable de las decisiones en favor de la colectividad.

En segundo lugar, un apoyo decisivo a los Organismos Intermedios para que se transformen en auténtica fuerza protectora del individuo frente al Estado, para reivindicar derechos, recordar deberes, preservar la dignidad del hombre concreto y colaborar con independencia en la tarea de los que tienen el poder en la sociedad humana.

El tercer punto que destacamos es la organización de las comunidades. Será el recurso para transformar en fuerza impulsiva del desarrollo integral, aquello que hoy, muchas veces, es letra muerta.

El cuarto aspecto es crear en la Iglesia, en todos sus cuadros y niveles, el sentido de la profunda responsabilidad que tenemos ante la promoción de los hombres latinoamericanos, en las dimensiones del Cristianismo.

Para eso: la multiplicación de centros de observación, la sistemática reflexión teológica y elaboración de la Pastoral Social; la formación y actualización de personas, principalmente cursos para Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Laicos, sobre desarrollo; la creación de Secretariados de Acción Social, en niveles nacionales y diocesanos. Estas y semejantes iniciativas constituirán factores de admirable eficacia. En el Documento de Itapoan (I. B. N9 3), los presidentes de las Comisiones Episcopales de Acción Social en América Latina piden: “Incrementar la reflexión teológica sobre



Desarrollo e Integración, particularmente con los cursos para Obispos, Religiosos y Seglares”.

En vista de su valor cualitativo y cuantitativo, las pequeñas comunidades (o comunidades de base) se tornarán fácilmente en “Señales” para las transformaciones exigidas en el continente.

El quinto enfoque, el fortalecimiento, por la Iglesia, de una conciencia clara de la importancia del momento y del desafío que se ha lanzado a la América Latina. Esto será a través de todas las formas de contacto con el Pueblo de Dios, desde el confesionario al púlpito —desde el nivel elemental al nivel universitario y a los medios de comunicación social.

Termino con una llamada apremiante. En nuestra flaqueza necesitamos de Dios. Cuanto más grande la tarea, más visible la acción de la gracia.

Así, en vez de sentirnos desanimados, dispongámonos a conservar en el corazón aquella tranquilidad, aquella confianza que son el fruto de la esperanza, el resultado de una vida unida a Dios, a su Iglesia, al servicio de los hombres.

Para la Iglesia, anunciar el Evangelio y comprometerse con la América Latina en la formación de un Mundo Nuevo, no es simple gloria, sino un deber.

“No tengo, de hecho de qué gloriarme, si yo anuncio el Evangelio; es un deber éste que me incumbe, e infeliz de mí si no evangelizo!” (1Co 9,16).